

Sal y Luz

Domingo I de Adviento (B)-29 de Nov. de 2020

Nº 54 Parroquia San Carlos Borromeo

La espera, el esperar, es una dimensión que atraviesa toda nuestra existencia personal, familiar y social. La espera está presente en mil situaciones, desde las más pequeñas y banales hasta las más importantes, que nos implican totalmente y en lo profundo. Pensemos, entre estas, en la espera de un hijo por parte de dos esposos; en la de un pariente o de un amigo que viene a visitarnos de lejos; pensemos, para un joven, en la espera del resultado de un examen decisivo, o de una entrevista de trabajo; en las relaciones afectivas, en la espera del encuentro con la persona amada, de la respuesta a una carta, o de la aceptación de un perdón... Se podría decir que el hombre está vivo mientras espera, mientras en su corazón está viva la esperanza. Y al hombre se lo reconoce por sus esperas: nuestra «estatura» moral y espiritual se puede medir por lo que esperamos, por aquello en lo que esperamos. Cada uno de nosotros, por tanto, especialmente en este tiempo que nos prepara a la Navidad, puede preguntarse: ¿yo qué espero? En este momento de mi vida, ¿a qué tiende mi corazón? (BXVI 28-11-2010)



Acquarello di Maria Cavazzini Fortini.

*Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el Señor de la Casa
(Mc 13, 33-37)*

COMENTARIO

1.ª lectura: Is 63, 16c-17.19c; 64, 2b-7: *¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!*

Salmo Resp. 79: *Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.*

2.ª lectura: 1Cor 1, 3-9: *Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.*

Evangelio: Mc 13, 33-37: *Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa.*

Esperamos un Rey

1.- Contexto litúrgico

Comienza un nuevo año litúrgico. El año litúrgico es un ciclo de tiempo en el que la Iglesia recorre todo el misterio de Cristo desde su nacimiento a su regreso al final de los tiempos. Dentro de este período hay unas etapas más breves como son las cuatro semanas de Adviento, que iniciamos hoy, como preparación a la Navidad. La primera antífona de esta celebración vespertina se presenta como apertura del tiempo de Adviento y resuena como antífona de todo el Año litúrgico: *Anunciad a todos los pueblos y decidles: Mirad, Dios viene, nuestro Salvador.* Detengámonos un momento a reflexionar: no usa el pasado *-Dios ha venido-*, ni el futuro *-Dios vendrá-* sino el presente: *Dios viene.* Como podemos comprobar, se trata de un presente continuo, es decir, de una acción que se realiza siempre: está ocurriendo, ocurre ahora y ocurrirá también en el futuro. En todo momento "Dios viene". El Adviento invita a los creyentes a tomar conciencia de esta verdad y a actuar coherentemente. Resuena como un llamamiento saludable que se repite con el paso de los días, de las semanas, de los meses: **Despierta. Recuerda que Dios viene. No ayer, no mañana, sino hoy, ahora.**

El único verdadero Dios, "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob" no es un Dios que está en el cielo, desinteresándose de nosotros y de nuestra historia, sino que es el Dios-que-viene. Es un Padre que nunca deja de pensar en nosotros y, respetando totalmente nuestra libertad, desea encontrarse con nosotros y visitarnos; quiere venir, vivir en medio de nosotros, permanecer en nosotros. Viene porque desea liberarnos del mal y de la muerte, de todo lo que impide nuestra verdadera felicidad. Dios viene a salvarnos. De una forma que sólo él conoce, la comunidad cristiana puede apresurar la venida final, ayudando a la humanidad a salir al encuentro del Señor que viene. Y lo hace ante todo, pero no sólo, con la oración.

En las lecturas del Adviento, el aspecto de la profecía tiene una importancia destacada. Por eso el régimen de lecturas comienza fijándose ante todo en Isaías a partir del cual se elige el Evangelio en las ferias (Evangelios diarios). Es el único caso

en el que la primera lectura es la que condiciona el Evangelio y no al revés como en el resto del año litúrgico. El sentido es destacar la esperanza. El cumplimiento de las promesas es lo que nos puede encender en la esperanza.

Esta esperanza tiene la primacía en todo el Adviento por encima de la referencia penitencial. La penitencia en este tiempo simbolizada por las vestiduras moradas, la ausencia de una riqueza grande en el adorno del templo, la limitación de la música instrumental para acompañar el canto, tiene el sentido de desprendimiento de los bienes pasajeros por el deseo mayor del mismo Señor. El Gloria de la misa se suprime para reservarlo a la noche de Navidad, donde se cantará con todo su esplendor.

Calendario Romano nº39: *el tiempo del Adviento tiene una doble característica: es el tiempo de preparación a las solemnidades de la Navidad, (en la que se conmemora la primera venida del Hijo de Dios a los hombres) y, a la vez, el tiempo en el cual, mediante este recuerdo, las mentes se dirigen a las expectativas de la segunda venida de Cristo al final de los tiempos. Por este doble motivo el Adviento se presenta como tiempo de gozosa y devota expectativa.* Este primer domingo está centrado en el sentido de la segunda venida de Jesucristo, a partir de su promesa.

El Evangelio, que leeremos en este segundo año de ciclo litúrgico trienal, es el de San Marcos. Según una tradición, que encuentra numerosas confirmaciones en los escritos del Nuevo Testamento, San Marcos fue discípulo e “intérprete” de Pedro, del que puso por escrito sus recuerdos y la predicación. Su narración se basa por lo tanto en un testimonio ocular de excepcional importancia. Casi con seguridad escribió en Roma, en donde Pedro estuvo en activo durante los últimos años de su vida. Su Evangelio en orden de tiempo parece ser que fue el primero en ser escrito, ¡es el primer libro de “catecismo” de los cristianos! Por su brevedad y por el carácter predominantemente narrativo, el Evangelio de San Marcos es el instrumento ideal para una primera aproximación a la figura de Jesús.

2.-Comentarios a las lecturas

a) Primera lectura: Is 63, 16b-17: 64, 1.3b-8. ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!

La primera lectura es un extracto de los c. 63 y 64 del libro del profeta Isaías. Corresponde, por tanto, a un pasaje incluido en el llamado *Trito-Isaías*, nombre con el que los estudiosos conocen la tercera parte del libro del profeta, que comprende los c. 56-66. Esta parte del libro del profeta Isaías es considerada como una obra heterogénea compuesta a partir de textos de distinta procedencia y

datados en fechas muy diferentes. Más concretamente Is 63, 7 - 64, 11 es considerado un salmo, cuya fecha de composición parece anterior al fin del destierro. El regreso del destierro tuvo lugar a partir del año 538 a. C., cuando el rey persa Ciro dio un edicto permitiendo a los judíos regresar a su tierra.

En este salmo se pueden distinguir tres partes: en la primera, el profeta hace una confesión de fe preciosa en Dios, poniendo el énfasis en sus atributos de Padre y Redentor, y en sus obras maravillosas de las que Israel ha tenido una experiencia histórica constante; en la segunda, el salmista, que utiliza unas imágenes de una gran belleza plástica (pañó manchado, follaje marchito, la fuerza del viento que arrastra al hombre al pecado), reconoce que todos los acontecimientos tristes y dolorosos a los que se ve sometido el pueblo son consecuencia de los pecados de las gentes; en la tercera, el autor vuelve a utilizar unas imágenes muy bellas, muy frecuentes en la Biblia -la arcilla y el alfarero-, para expresar cómo la esperanza de ser salvados brota del hecho de que Dios no puede de ninguna manera olvidarse de la obra de sus propias manos. Importante destacar las palabras tan esperanzadoras que encontrarán su realización sorprendente en Cristo, el Hijo de Dios: *¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!*

Nos vamos a detener en explicar las palabras que el salmista dice respecto a que Dios es el *Redentor* de Israel, teniendo en cuenta el trasfondo cultural y religioso judío de ese término.

La palabra hebrea usada en el texto para decir *Redentor nuestro* es *go'alénu*, que traducido literalmente es *tú eres nuestro go'el*, es decir, nuestro rescatador. El término *go'el* está asociado a una costumbre o institución jurídica judía que consistía en lo siguiente: siguiendo las leyes de Lv 25, 23-25, que consideraban que la tierra de Israel era pertenencia de Yahveh, los judíos no podían vender definitivamente las tierras que poseían. Si sucedía que alguien se veía obligado a vender sus tierras, entonces el pariente más cercano estaba en la obligación de *rescatar* lo vendido, para no dejarlo en manos extrañas. A este rescatador se le llamaba *go'el*. El gesto o señal que servía para mostrar el derecho de compra era poner el pie sobre un terreno o lanzarle a él la sandalia (cf. Sal 60, 10; 108, 10). Pero si este primer *go'el* renunciaba a su derecho a rescatar, entonces podía transmitirlo a otro pariente quitándose la sandalia y dándosela a este otro. Esta costumbre del *go'elato* se encuentra descrita en gran parte del libro de Rut (Rt 3-4).

Por tanto, cuando el autor de este salmo isaiano presenta a Dios como el rescatador de Israel está diciendo que Dios ha ejercido con él este derecho de

compra y apropiación, que Dios lo ha adquirido como una propiedad que no delega en nadie.

Por tanto nos hallamos ante un texto precioso, que ha servido para la antífona litúrgica propia del Adviento (*Rorate*), una súplica para que descienda el Señor, algo parecido a la invocación conocida entre nosotros: *Dios mío, ven en mi auxilio...*

El texto comienza con una afirmación directa de la paternidad de Dios. Esta paternidad, que tiene como objeto el pueblo, se ha de manifestar ahora como *Redentor*. El texto terminará volviendo a invocar la paternidad de Dios, por tanto, esta realidad cruza todo el texto dándole unidad. Para Israel, la paternidad de Dios es la única fuente de esperanza. La esperanza está puesta en Dios, que manifestó en la Alianza todo su poder con el fuego que se veía en el monte (Ex 19, 18) que el profeta recuerda (Is 64, 2b): *Bajaste y los montes se derritieron en tu presencia*. Por eso, la posible intervención de Dios va más allá de lo que el hombre es capaz de entender (v.3): *Jamás oído oyó ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por el que espera en él*. Esta confesión en la omnipotencia de Dios, dentro de la relación amorosa, nos recuerda al apóstol san Pablo, colocando el fundamento de la esperanza cristiana: *lo que el ojo no vio ni oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman* (1 Cor 2, 9). Es esta esperanza en el corazón redentor de Dios la que da sentido (para inspirar misericordia) a la descripción patética que vive Israel (en el destierro y en el abandono de Jerusalén). En este canto triste se busca reconocer el propio estado de separación como fuente de todos los males. La confesión del propio pecado es lo único que dispone a la conversión e incluso se pregunta por qué Dios ha permitido su pecado. Todo esto lo único que hace es describir el alejamiento de Dios en el que se vive. El reconocimiento de la propia culpa se realiza mediante una acumulación de imágenes. Así es la impureza: *un paño manchado* (v.5). La impureza de lo que se corrompe pasa a significarse con la caída de la hoja, que para colmo, una vez caída (el pecado), es arrastrada por el viento (a otras muchas desviaciones).

En medio de este clima de alejamiento en el cual *nadie invocaba tu nombre* (Is 64, 6), y el *rostro del Señor* (signo de luz y seguridad) se oculta y sólo quedan patentes las culpas, aparece la invocación a Dios como Padre (v.7) con una llamada a recuperar su mirada sobre su pueblo que va acompañada de una disponibilidad plásticamente descrita: *Nosotros somos la arcilla y tú el alfarero*. Esta es una imagen que ya aparece en el primer Isaías (29, 16) y que se remonta a la imagen de Dios que forma al hombre del barro de la tierra (Gn 2, 7) y que luego se pondrá repetidas veces como ejemplo de la relación entre el hombre y Dios (cfr. Jer 18, 1-

6; 19, 1-13) e incluso Rom 9, 20-21. **El pueblo de Dios espera expectante la respuesta de su Señor, la voz que responda con la salvación.**

b) 1 Cor 1. 3-9: *Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.*

El texto forma parte de la introducción de la carta. La carta comienza tras el saludo, con la acción de gracias por la bendición que ha recibido la comunidad. A san Pablo le interesa saber cómo están y, sobre todo, ver la acción de Dios en ellos. Ante todo hay un tema: la repetición de la importancia del don de Dios Padre en Cristo, así: *La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo* (v. 3); *La gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús* (v. 4); *Dios os llamó a participar en la vida (comunión) de su Hijo, Jesucristo, Señor nuestro* (v. 9). **Así se nos presenta la Salvación a partir del Don de Dios. Todo nos ha sido dado.**

Aquel del que procede todo don es el Padre, en cuanto que sólo Él es el origen de todo. En Jesucristo se nos manifiesta la plenitud del Padre y en Él, el Padre nos concede todos sus dones. **El don que tiene lugar por el Espíritu Santo es estar en comunión de Vida con Jesucristo**, recibir la nueva vida, la propia vida de Jesucristo. Ese don del Padre, que se recibe en el Hijo por el Espíritu Santo, **va creciendo en nosotros hasta reproducir en nosotros toda la vida de Jesús. Esto ya no es una promesa**, como en el Antiguo Testamento, **sino una realidad, está ya presente.**

El apóstol, en primer lugar, invita a reconocer el don recibido: *Habéis sido enriquecidos en todo: en el hablar y en el saber* (v.5) Sólo si reconocemos la grandeza de lo recibido y a Aquél de quien procede, podremos tener la seguridad de llevar a plenitud lo que se nos ha dado. Toda seguridad está basada en el conocimiento íntimo de la recepción del don que nos permite exclamar sobre Dios: *Él es fiel* (v.9). La fidelidad de Dios se manifiesta en el cumplimiento de las promesas. El Adviento es el tiempo de recordar las promesas y de **confiar en Aquél que es fiel**. Estas promesas se cumplirán estemos o no preparados, por tanto, qué importante es la **disposición interna** para que sean llevadas a cumplimiento en nuestro corazón.

c) Mc 13, 33-37: *Velad, pues no sabéis cuando vendrá el dueño de la casa.*

El texto es la última parte del discurso escatológico (del final de los tiempos, de la vida eterna) de san Marcos que ocupa todo el capítulo 13. El relato termina con una invitación a la vigilancia. La venida del Señor es algo tan real que debe **encender nuestro deseo**, y esta actitud de un deseo intenso es la que nos conduce a vigilar.

La llamada *parábola del portero*, que leemos hoy en el evangelio, tiene un paralelo (otro relato del mismo hecho en otro evangelista distinto) en Lc 12, 35-38

(cf. también Mt 24, 42). Al comparar las dos versiones se observa que en el paralelo de Lucas, hay dos cosas que resultan llamativas y que ponen de manifiesto la llamada de atención sobre el motivo de la parusía (venida del Señor al final de los tiempos). En primer lugar, llama la atención la recompensa prometida a los siervos vigilantes: que el amo se pondrá a la mesa para servirles (12, 37b). Pero eso es inconcebible desde el punto de vista humano. Difícilmente se encontraría en Palestina un amo que hiciese semejante cosa con sus siervos. Pero Jesús sí obró así (cf. Lc 17, 7); y obrará así cuando vuelva. Se trata, por tanto, de un rasgo aplicable a Jesús en su parusía. En segundo lugar, sorprende que mientras en Marcos es sólo el portero quien recibe la orden de permanecer despierto, en Lucas hay muchos servidores que deben permanecer en vela. Se trata sin duda de una alusión de Lucas a la comunidad cristiana que deberá estar en vela a la espera de su Señor (cf. J. JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús*, 67).

La primera expresión que se utiliza: *mirad, vigilad*, parece la propia del centinela que guarda por la noche y debe vencer el sueño. **El peligro no es la venida sino el sueño que puede hacer que no la reconozcamos. Por eso el “estar despiertos”, propio de la vigilia, es la actitud de quien mira, de quien tiene la mirada fija en la única roca de nuestra vida.** Y por eso, también el “estar dormido” es sucumbir al sueño de este mundo que, como nos lo anuncia todo el relato, se acabará. Fijarse en los muros del Templo (v.1) queriendo encontrar en ellos una seguridad es, por consiguiente, vanidad. La única seguridad que permanece para siempre es el mismo Cristo, “piedra angular”. Estar despierto es descubrir su presencia en nosotros **esperando** el encuentro definitivo con el Amado.

Por lo que se refiere a la finalidad de la parábola, parece que Jesús la dirige a sus discípulos para exhortarles de modo parecido a como lo hará después en Getsemaní: *Velad y orad para no caer en la tentación* (Mc 14, 38). Jesús, de este modo, desea preparar a sus discípulos para que se mantengan alerta ante la crisis que se avecina sobre ellos con motivo de su pasión y muerte.

La parábola invita a la vigilancia tanto a los criados como al portero, todos deben encontrarse despiertos a la llegada del *Señor de la casa* (v.35); pero lo hace de un modo diferente, a los siervos les encarga “a cada uno... su tarea” (v.34); y la estricta vigilancia al portero.

Esta doble referencia que aparece mucho más clara en la versión de Lucas 12, 35-46, en la cual primero habla de los siervos (vv.35-40); para luego hablar del administrador (vv.41-46), éste último se refiere fundamentalmente a los apóstoles. Ambos, fieles y pastores, deben estar vigilantes, pero existe una mayor responsabilidad de los pastores porque su misma función consiste en hacer que

los demás permanezcan despiertos en la espera del Señor. Que no sólo se dirige a los Apóstoles queda claro por las mismas palabras del Señor: lo que os digo a vosotros, a todos lo digo (v.37). La parábola también se aplica a la Iglesia, a la comunidad de los creyentes en Jesús resucitado que viven en una situación de **ardiente espera de su segunda venida** (cf. 1 Ts 5, 6. 1 Co 11,26; Rm 13, 11; Ap 22, 20). Toda la parábola se centra en la casa que es la imagen de la Iglesia, por su diversidad de funciones con un único Señor, dentro de un ámbito de servicio familiar.

Un comentario excelente de esta situación de espera ante la parusía son estas palabras del card. Newman:

*Esperan ansiosamente la venida de Cristo, los que sienten por Él una tierna e inquieta devoción y se nutren de su pensamiento y están pendientes de sus labios y viven en su sonrisa. Ávidos de sus elogios, prontos a adivinar sus intenciones, celosos de su honor, lo ven en todas las cosas, lo esperan en cada suceso. Entre los cuidados, los intereses, las ocupaciones de esta vida, el brusco anuncio de su próxima llegada les producirá no una sorpresa desconcertante, sino alegría profunda (...) ¿Sabéis acaso el sentimiento de quien espera a un amigo, la visita de un amigo que tarda en llegar? (...) ¿Sabéis lo que es tener amigos en un país lejano y esperar sus noticias y preguntarse cada día cómo les va, qué será de ellos? O, por el contrario, ¿sabéis lo que es vivir solo en tierra extraña? (...) Semejante estado de alma, cuando nuestro Señor es su objeto, parece a primera vista inverosímil a los ojos del mundo.. Y, sin embargo, se halla realizado tan corrientemente en la Iglesia de todos los tiempos, que se ha convertido en signo de la invisible presencia de Dios. (Sermons preached on various occasions. *Waiting for Christ*, p 230).*

La vigilancia de la cual se habla recorre todos los momentos del día que se expresan de modo judío, empezando con el atardecer:

Si al atardecer o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer.

Recorre por tanto sólo el tiempo en el que existe algo de oscuridad, pues el amanecer será ya la venida definitiva del Esposo (*El sol que nace de lo alto*, Lc 1, 78). Lo importante es velar en la noche (tiempo actual), *hasta que despunte el día y el lucero nazca en nuestros corazones* (1 P 1, 19).

Existe un bello pasaje donde se describe la vida de la Iglesia como el caminar hacia el alba definitiva:

Con razón se designa con el nombre de amanecer o alba a toda la Iglesia de los elegidos, ya que el amanecer o alba es el paso de las tinieblas a la luz. La Iglesia, en efecto, es conducida de la noche de la incredulidad a la luz de la fe, y así, a imitación del alba, después de las tinieblas se abre al esplendor diurno de la

claridad celestial. Por esto dice acertadamente el Cantar de los cantares: “¿Quién es ésta que se asoma con el alba?” (Ct 6, 10). Efectivamente, la santa Iglesia, por su deseo del don de la vida celestial, es llamada alba porque, al tiempo que va desechando las tinieblas del pecado, se va iluminando con la luz de la justicia.

Pero, además, si consideramos la naturaleza del amanecer o alba, hallaremos un pensamiento más sutil. El amanecer o alba anuncian que la noche ya ha pasado, pero no muestran todavía la íntegra claridad del día, sino que, por ser la transición entre la noche y el día, tienen algo de tinieblas y de luz al mismo tiempo. Por esto, **los que en esta vida vamos en seguimiento de la verdad somos como el alba o amanecer**, porque en parte obramos ya según la luz, pero en parte conservamos también restos de tinieblas. Se dice a Dios por boca del salmista: “Ningún hombre vivo es inocente frente a ti”. Y también está escrito: “Todos faltamos a menudo”.

Por esto, Pablo, cuando dice: “La noche está avanzada”, no añade: “El día ha llegado”, sino: “El día se echa encima” (Rm 13, 12). Al decir, por tanto, que después de la noche, el día se echa encima, no que ya ha llegado, enseña claramente que nos hallamos todavía en el alba, en el tiempo que media entre las tinieblas y el sol.

La santa Iglesia de los elegidos será pleno día cuando no tenga ya mezcla alguna de la sombra del pecado. Será pleno día cuando esté perfectamente iluminada con la fuerza de la luz interior. Por esto, con razón, la Escritura nos enseña el carácter transitorio de este alba, cuando dice: “Has señalado su puesto a la aurora” (Job 38, 12), pues aquel a quien se le ha de asignar su puesto tiene que pasar de un sitio a otro. Y este puesto de la aurora no puede ser otro que la perfecta claridad de la visión eterna. Cuando haya sido conducida a esta perfecta claridad ya no quedará en ella ningún rastro de tinieblas de la noche transcurrida. Este anhelo de la aurora por llegar a su lugar propio viene expresado por el salmo que dice: “Mi alma tiene sed del Dios vivo, ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?” (Sal 41). También Pablo manifiesta la prisa de la aurora por llegar al lugar que ella reconoce como suyo cuando dice que desea “morir para estar con Cristo”. Y también: “Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir” (Flp 1, 21). (San Gregorio Magno, Tratados morales sobre el libro de Job 29, 2-4).

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

De las catequesis de Jerusalén, Catequesis 15,1-3: PG 33, 870-874; Las dos venidas de Cristo.

Anunciamos la venida de Cristo, pero no una sola, sino también una segunda, mucho más magnífica que la anterior. La primera llevaba consigo un significado de sufrimiento; esta otra, en cambio, llevará la diadema del reino divino. Pues casi todas las cosas son dobles en nuestro Señor Jesucristo. Doble es su nacimiento: uno, de Dios, desde toda la eternidad; otro, de la Virgen, en la plenitud de los tiempos. Es doble también su descenso: el primero, silencioso, como la lluvia sobre el vellón; el otro, manifiesto, todavía futuro. En la primera venida fue envuelto con fajas en el pesebre; en la segunda se revestirá de luz como vestidura. En la primera soportó la cruz, sin miedo a la ignominia; en la otra vendrá glorificado, y escoltado por un ejército de ángeles.

No pensamos, pues, tan sólo en la venida pasada; esperamos también la futura. Y, habiendo proclamado en la primera: *Bendito el que viene en nombre del Señor*, diremos eso mismo en la segunda; y, saliendo al encuentro del Señor con los ángeles, aclamaremos, adorándolo: *Bendito el que viene en nombre del Señor*.

El Salvador vendrá, no para ser de nuevo juzgado, sino para llamar a su tribunal a aquellos por quienes fue llevado a juicio. Aquel que antes, mientras era juzgado, guardó silencio, refrescará la memoria de los malhechores que osaron insultarle cuando estaba en la cruz, y les dirá: *Esto hicisteis y yo callé*.

Entonces, por razones de su clemente providencia, vino a enseñar a los hombres con suave persuasión; en esa otra ocasión, futura, lo quieran o no, los hombres tendrán que someterse necesariamente a su reinado.

De ambas venidas habla el profeta Malaquías: *De pronto entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis*. He ahí la primera venida.

Respecto a la otra, dice así: *El mensajero de la alianza que vosotros deseáis: miradlo entrar -dice el Señor de los ejércitos- ¿Quién podrá resistir el día de su venida? ¿Quién quedará en pie cuando aparezca? Será un fuego de fundidor, una lejía de lavadero: se sentará como un fundidor que refina la plata*.

Escribiendo a Tito, también Pablo habla de esas dos venidas, en estos términos: *Ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación para todos los hombres; enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dicha*

que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo. Ahí expresa su primera venida, dando gracias por ella; pero también la segunda, la que esperamos.

Por esa razón, en nuestra profesión de fe, tal como la hemos recibido por tradición, decimos que creemos en aquel *que subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.* Vendrá, pues, desde los cielos, nuestro Señor Jesucristo. Vendrá ciertamente hacia el fin de este mundo, en el último día, con gloria. Se realizará entonces la consumación de este mundo, y este mundo, que fue creado al principio, será otra vez renovado.

San Anselmo, Proslogion, 1

"Di a Dios: ¡Busco tu rostro!
¡Señor, anhelo ver tu rostro!
Y ahora, Señor, mi Dios,
enseña a mi corazón
dónde y cómo encontrarte..."

Deseando te buscaré,
buscando te desearé,
amando te hallaré
y hallándote te amaré".

San Agustín, Carta 199, 13; XIII 52-54

Mc 13,33-37: Yo te amo cuando afirmas lo que yo deseo que sea verdad

Aquí viene bien lo que está escrito en el evangelio de Marcos: *Vigilad, pues, ya que no sabéis cuándo vendrá el Señor de la casa, si tarde, o a media noche, o al canto del gallo, o por la mañana; no sea que venga de repente y os halle dormidos. Y lo que os digo a vosotros, a todos lo digo: vigilad (Mc 13,35-37).* ¿Por quién dice todos, sino por sus elegidos y amados pertenecientes a su cuerpo, la Iglesia? No se dirigía sólo a los que entonces le escuchaban, sino también a los que vinieron luego, a nosotros mismos, y a los que llegarán después de nosotros, hasta el tiempo de su última venida. ¿Acaso aquel día nos encontrará a todos en esta vida? ¿O dirá alguno que también se refería a los muertos al decir: *Vigilad, no sea que venga de repente y os encuentre dormidos?* ¿Por qué se dirige a todos, si tan sólo atañe a los que vivirán en ese último día, sino porque, en el sentido que acabo de exponer, atañe a todos? Vendrá para cada uno el día en que ha de salir de aquí tal

cual será juzgado. Por eso debe vigilar todo cristiano, para que no le encuentre desprevenido la llegada del Señor. Y le hallará desprevenido ese día final si le encuentra desprevenido el último día de su vida. Los apóstoles sabían por lo menos que el Señor no vendría en su tiempo, mientras vivieran en carne. ¿Y quién duda de que se distinguieron vigilando y guardando lo que dijo a todos, para que, si el Señor venía de repente, no les hallase desapercibidos?

Voy a declararte, como hombre santo de Dios y sincerísimo hermano, mi opinión sobre este punto. Hay que evitar dos errores en cuanto el hombre puede evitarlos: creer que el Señor vendrá más pronto o más tarde de cuando en realidad vendrá. Me parece que yerra, no el que reconoce su ignorancia, sino el que se imagina saber lo que no sabe. Dejemos a un lado aquel siervo malo que dice en su corazón: *Mi señor tarda en venir* y tiraniza a sus consiervos y se junta y banquetea con los borrachos (Mt 24,48-49), ya que éste odia sin duda la venida de su Señor. Dejando aparte a este siervo malo, pongamos ante nuestra consideración a tres siervos buenos, que tratan con diligencia y sobriedad a la familia del Señor, que desean con ansia su venida, que le esperan con vigilancia y le aman con fidelidad. Uno de ellos cree que el Señor vendrá más pronto, otro que vendrá más tarde y el tercero confiesa su ignorancia sobre el asunto. Aunque los tres vayan de acuerdo con el evangelio, pues aman la manifestación del Señor, y la esperan con ansia y vigilancia, veamos quien se adapta mejor al evangelio.

El primero dice: *Velemos y oremos porque el Señor vendrá más pronto*. El segundo: *Velemos y oremos, porque esta vida es breve e incierta, aunque el Señor ha de venir más tarde*. El tercero: *Velemos y oremos porque esta vida es breve e incierta e ignoramos cuándo ha de venir el Señor*. El evangelio dice: *Mirad, velad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo* (Mc 13,33). Por favor, ¿no oímos que el tercero dice lo mismo que hemos oído decir al evangelio? Por el deseo del reino de Dios, los tres quieren que sea verdad lo que dice el primero. Pero el segundo lo niega, mientras el tercero, sin negar nada, confiesa que ignora quién de los dos dice la verdad. Si se realiza como había predicho el primero, se alegrarán con él el segundo y el tercero, pues los tres aman la manifestación del Señor. Se regocijarán porque ha llegado más pronto lo que amaban. Si no aparece el Señor y se ve que es verdad lo que decía el segundo, es de temer que la tardanza perturbe a los que habían creído al primero y empiecen a creer no que el Señor tardará, sino que no vendrá. Ya ves cuál sería la ruina de las almas. Si tienen firme la fe, empezarán a opinar como el segundo y esperarán con fidelidad y paciencia al Señor que tarda; pero abundarán los oprobios, insultos e irrisiones de los enemigos, que apartarán de la fe cristiana a muchos débiles, anunciando que es falso que se les haya

prometido el reino, como es falso que iba a venir pronto el Señor. Supongamos que algunos opinan lo mismo que el segundo, esto es, que el Señor tardará y se descubre que eso es falso; al venir pronto el Señor, no se turbarán, sino que se gozarán de una alegría inopinada.

Por lo tanto, el que dice que el Señor vendrá pronto, responde mejor a los deseos, pero su error trae peores consecuencias. ¡Ojalá sea verdad, pues causará molestias si no lo es! En cambio, el que dice que el Señor tardará y, no obstante, eso cree, espera y ama su venida, aunque yerre en la tardanza, yerra felizmente, porque tendrá mayor paciencia, si tarda, y mayor alegría, si no tarda. Los que aman la manifestación del Señor oyen al primero con mayor gusto, pero creen al segundo con mayor seguridad. El tercero que confiesa su ignorancia desea que tenga razón el primero, tolera lo que dice el segundo y en nada yerra, pues ni afirma ni niega. Tal soy yo, y, por favor, no me desdeñes. Yo te amo cuando afirmas lo que yo deseo que sea verdad. Y tanto más quiero que no te engañes, cuanto más amo lo que me prometes y cuanto mejor veo los riesgos si te equivocas. Perdóname si soy cargante para tu entendimiento. Tanto mayor placer me ha producido el hablar contigo, siquiera por escrito, cuanto más rara vez tengo ocasión de hacerlo.

* * * * *

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que Jesucristo, el consuelo de nuestro corazón, te llene de su ternura!

Gracias una vez más, por tu última carta. Me llena de alegría tener noticias tuyas. Por lo que me cuentas experimentas cada vez más la Providencia Divina.

Mi carta de esta semana tiene el aliciente de que la recibirás cuando estamos a punto de entrar en el tiempo de Adviento, tiempo en el que la Iglesia de forma maternal nos alienta a preparar adecuadamente dos cosas: la fiesta de la Navidad en el recuerdo del nacimiento de Jesucristo; y su venida gloriosa, como Rey y Señor de toda la creación, en su venida al final de los tiempos. Como sabes, querido Teodoro, el Adviento es la mejor escuela para preparar el advenimiento glorioso de Jesucristo en su parusía, pues en el Adviento vamos aprendiendo a esperar con **paciencia, a vigilar sin descanso y a perseverar en la fidelidad.**

Este año las Navidades van a ser más purificadas que nunca. El consumismo nos ha arrebatado lo más sagrado y, este año, las cosas vuelven a su ser. **Estos días se habla mucho de “salvar la Navidad”. En realidad, es la Navidad la que nos salva a nosotros.** El nacimiento de Cristo en Belén es una noticia, la mayor noticia del mundo, mejor, la única noticia; no una tierna y emotiva leyenda, no un etéreo sentimiento de paz y fraternidad, sino un hecho en un lugar y en un momento concreto de la historia de nuestra Redención, porque el Hijo de Dios ha venido a habitar entre nosotros. Si esto no fuera así, la verdad es que nada habría que celebrar. Si esperamos con gozo en el Adviento, si saltamos de alegría en la Navidad, es precisamente porque es una gozosa noticia y no una excusa comercial, o una ocasión para reunirse y no volver a encontrarse en el resto del año. Celebramos que Jesucristo, el Hijo de Dios, se hizo hombre. Celebramos que hasta el hombre más perdido y herido sabe que Alguien le busca para darle la Vida eterna.

Como bellamente expresa el Catecismo de la Iglesia Católica:

Dios, infinitamente perfecto y bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para hacerle partícipe de su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, se hace cercano del hombre: le llama y le ayuda a buscarle, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Para lograrlo, llegada la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo como

Redentor y Salvador. En Él y por Él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto los herederos de su vida bienaventurada. (Catecismo núm. 1)

Por eso el profeta Isaías, con todo su corazón, dice al Señor: *¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!* Me sorprende, por increíble, cómo el profeta ha podido percibir con el deseo algo que ocurriría de una manera insospechada unos siglos después: el nacimiento del Hijo de Dios, que ha rasgado el cielo para bajar a vivir con los hombres para que vivamos con Él para siempre. ¡Qué fuerza tienen esas palabras del profeta! ¿No te parece?

Bueno, querido amigo, sólo me queda decirte que no dejes de prepararte lo mejor posible durante este tiempo de Adviento, pues en la medida que ensanchas tu corazón con la expectativa de Cristo, así será también la grandeza de tu consuelo.

Recibe de este amanuense un abrazo,

Doroteo

P.D: Te dejo una joya de Javier Leoz, sacerdote, para que medites un poco.

¿QUE NO HABRÁ NAVIDAD?

¡Claro que sí!

Más silenciosa y con más profundidad

Más parecida a la primera en la que Jesús nació en soledad.

Sin muchas luces en la tierra

pero con la de la estrella de Belén

destellando rutas de vida en su inmensidad.

Sin cortejos reales colosales

pero con la humildad de sentirnos

pastores y zagales buscando la Verdad.

Sin grandes mesas y con amargas ausencias

pero con la presencia de un Dios que todo lo llenará.

¿QUE NO HABRÁ NAVIDAD?

¡Claro que sí!

Sin las calles a rebosar

pero con el corazón enardecido

por el que está por llegar.

Sin ruidos ni verbenas,

reclamos ni estampidas...

Pero viviendo el Misterio sin miedo

*al «covid-herodes» que pretende
quitarnos hasta el sueño de esperar.
Habrá Navidad porque DIOS está de nuestro lado
y comparte, como Cristo lo hizo en un pesebre,
nuestra pobreza, prueba, llanto, angustia y orfandad.
Habrá Navidad porque necesitamos
una luz divina en medio de tanta oscuridad.
Covid19 nunca podrá llegar al corazón ni al alma
de los que en el cielo ponen su esperanza y su alto ideal*

*¡HABRÁ NAVIDAD!
¡CANTAREMOS VILLANCICOS!
¡DIOS NACERÁ Y NOS TRAERÁ LIBERTAD!*